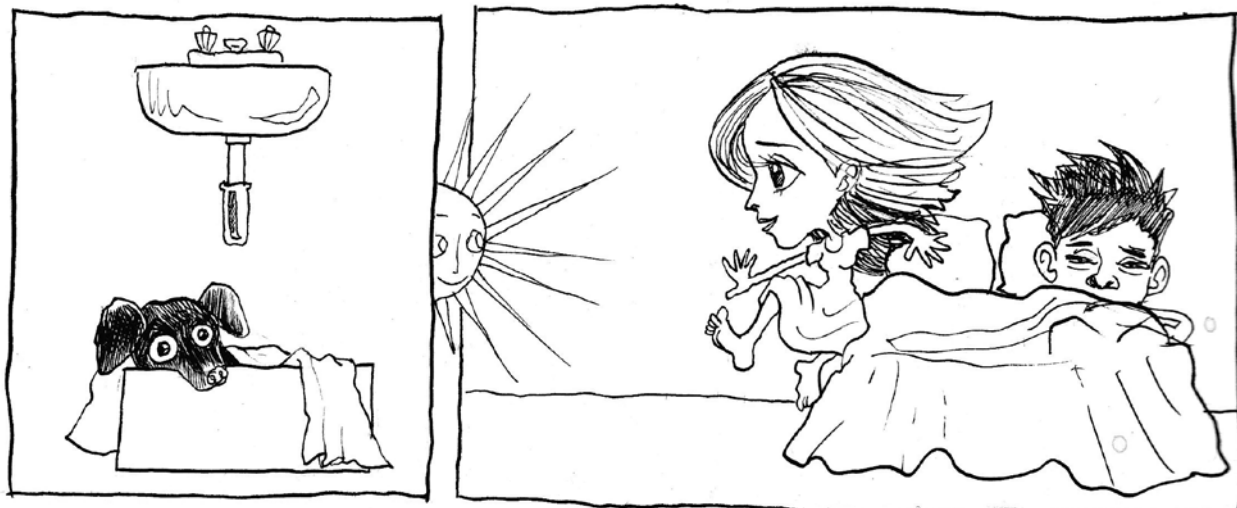




Tiba*

Por Delfina Careaga

*Cuando ya ni los números ni esquemas
constituyan la clave de los hombres...
Novalis*



Ilustraciones: Abelardo Rodríguez

En realidad me dio un poco de asco cuando la vi por primera vez. Asco y así como un reblandecimiento en el corazón. Yo creo que era ternura.

Negra, flaquita, ridículamente pequeña en comparación a la circunferencia de sus grandes ojos oscuros, veloces, ávidos de todo y por eso mismo ciegos. Quise retenerle la cabecita tan sólo un momento para que me viera, pero apenas resbaló su mirada húmeda por mi cara para seguir husmeando con la nariz, con los ojos, con el cuerpo.

—¿Nos la quedamos?

Nos la quedamos y le pusimos Tiba.

Esa noche, la primera, la pasó en un cajón con franelas en el baño. Estuve despierta mucho rato, quizás con la esperanza de que llorara y tuviese el pretexto para volverla a cargar, pero no lo hizo, y yo, al fin, me dormí profundamente.

En la mañana salté temprano de la cama, lo que contradecía mis propios planes de levantarme tarde ese domingo. Nerviosa, me di un golpe con el lavabo cuando quise acariciarla.

Esa vez fue la primera que me miró y empezó a saludarme en la forma que después sería tan familiar para nosotros: movía la cola junto con todo el tronco del cuerpo en un vaivén que recordaba una danza oriental. B. adoptó desde ese día la actitud bondadosa que le valió, con el tiempo, el amor incondicional de la perrita. Antes de una semana de haber llegado, ya dormía con nosotros; se metía bajo las mantas hasta los pies (cuesta trabajo pensar en el principio de una costumbre tan vieja).

* Primera parte

En cuanto yo salía de la oficina, corría para la casa a jugar con ella, cepillarla, bañarla. Él cuidaba de su alimentación, le hacía curaciones —como cuando sufrió una infección por la primera inyección antirrábica—, y le dio medicamentos cuando tuvo algún malestar leve. Muy pronto, tanto él como yo, apenas salíamos de la casa, comenzábamos a añorar el regreso por la creciente necesidad de permanecer más tiempo con ella.

Los domingos la llevábamos a Chapultepec y nos hacía tan felices verla correr con esa agilidad y rapidez que nunca antes conociéramos, que el alma se nos llenaba de gozo. Sin comentarlo casi, éramos conscientes de la sensibilidad de la perrita, de su correspondencia a nosotros, de su amorosa aceptación hasta de nuestras menores disposiciones. Era tanto nuestro cariño a Tiba que nunca nos dimos cuenta de cómo ella se iba transformando en nuestros corazones en algo más, mucho más que un perro...

Yo trabajaba entonces fuera de la ciudad, en las oficinas de una fábrica de instrumentos para automóviles, por lo que tenía que levantarme en la madrugada y regresar a casa hasta las siete de la noche. Al principio, estimulada por el buen sueldo de secretaria en francés, me pareció que el trabajo era el mejor que había tenido en mi vida. Me sentía en paz dentro de ese espacio de grandes ventanales llenos de cielo y campos de trigo, heridos por una angosta carretera vecinal que los abría para correr hasta perderse de vista. Pero unas semanas después de la llegada de Tiba,

me inquietó cierta desazón —sin podérmela explicar— durante las horas que debía cumplir con mis labores. Era como una corriente fría o un dolor quemante, una ansiedad con filo, que me hacía aborrecer el trabajo cuando lo tenía y ansiarlo cuando faltaba. Y también era un moverme constantemente sobre mi eje, además de salir varias veces a deambular por los otros departamentos, lo que me exigía dar infinitos pretextos inventados por mi ansiedad. A B. le pasó una cosa semejante, con la diferencia de que, gracias a su ocupación fuera de su empresa, podía volver a la casa sin sufrir la tiranía de un horario inamovible.

Nuestras relaciones se habían estrechado. Tiba nos unía cada día más en un pacto tácito que los tres guardábamos con celosa precaución delante de los extraños. Y los extraños eran todos los que no pertenecían a este triángulo (¿triángulo?). Hubo ocasiones en que la situación, analizada sin apasionamientos, me alarmó al percibir no sólo la entrega exagerada a una perrita, sino el grado en que ese cariño cambiaba el mundo y nos obligaba a tener necesidades poco comunes. (Pero estos malos pensamientos pasan pronto. Tiba, con un presentimiento muy femenino, se acerca a mí y me mira dulcemente buscando en mis ojos la seguridad de mi amor, y eso es más que suficiente para que desaparezcan todas las sombras).

Poco a poco nos fuimos alejando, sin sentirlo, de nuestras pocas amistades. Las invitaciones que nos hacían no sólo fueron rechazadas por ser en la noche —a la hora justa en que, después de cenar, los tres paseábamos por las calles solitarias de la colonia, unidos por un silencio perfecto—, sino porque en esas reuniones, después de dos o tres horas de oír y decir palabras huecas en una necia representación,





se agrietaba nuestro universo, causándonos, al regresar al departamento, disputas y alejamiento. Sólo con Tiba nos sentíamos, nos sentimos bien. Su mutismo perpetuo, en ella contiene la expresión más fuerte de todo el misterio y de toda la riqueza de la vida. Es curioso: resulta definitiva la condición de ser nosotros tres para existir (pero ¿cómo? ¿nosotros tres?). La falta de uno representa algo peor que la muerte: ¡la nada...! ¡la Ausencia...!

Hacía ya tiempo que B. se molestaba cuando yo llegaba tarde a casa debido al complicado tránsito de la ciudad. Sin darme cuenta, agrandé este problema tomándolo como motivo crucial para hacer lo que tanto deseaba. Así, pronto empecé a faltar a la oficina por malestares creados por mí como puentes salvadores, aunque temporales, que me conducían a la plenitud de un día completo con ellos. Casi fue un alivio cuando en una ocasión, al llegar a la fábrica, mi jefe me mandó llamar para decirme que mi contrato terminaba y que, dadas

las frecuentes enfermedades que yo sufría, no era posible renovarlo, pues él necesitaba a una secretaria asidua y formal.

Mi marido me siguió el juego y me consoló por la pérdida de mi trabajo. Luego nos aseguró que con lo que él ganaba nos alcanzaría para cubrir los gastos más imprescindibles. Por supuesto, ya no contaríamos con el excedente que nos proporcionó viajes y paseos, pero que muy pronto, al aumentar las ventas de su compañía, podríamos recuperarlos. Tiba y yo nos sentimos más que satisfechas con tal explicación.

El despido de la sirvienta fue el inicio de una serie de abstenciones. Luego vino la venta de los dos automóviles. En realidad, ya hacía meses

que no gastábamos ni en el cine ni en el teatro, que de tarde en tarde disfrutábamos, menos en invitaciones a comer o a cenar con esos amigos que recordábamos ya como fantasmas. Sin embargo, las visitas a Chapultepec no se interrumpieron; cada día más extensas, más profundas, al grado de que muchas veces desaparecían gentes, autos, todo aquello que no fuera el bosque y nosotros tres (¿nosotros tres?). Me di cuenta, con nebulosa conciencia, de que él permanecía más y más tiempo en casa. Sin atreverme a preguntarle nada, pensé que si no acudía ni siquiera al despacho, era por razones muy bien cimentadas. Sus negocios —en algunas ocasiones llegó a comentarnos— marchaban bien y no precisaban de la atención personal y constante a sus clientes; obtenía buenos resultados con dos o tres telefonemas diarios.

El caso es que justamente el día en que Tiba cumplió el año de edad, nos confesó que hacía muchos meses que no trabajaba. Que habíamos vivido gracias a lo que ahorró en un banco, y



que, en ese momento, ya no teníamos ni un centavo.

Los días siguientes fueron bastante duros.

No obstante, íbamos salvando la situación con lo poco que una tía podía darme. Recuerdo cómo nos obsesionó hasta el insomnio que a Tiba no fuera a faltarle su alimentación tan bien balanceada, que además de nutrirla, realzaba su belleza. (Cuántas veces B. y yo prácticamente no comimos para que ella no dejara de hacerlo).

Los parientes y amigos se enteraron. Yo creo que la gente siempre sabe... Y en un peregrinaje incisivo, con morbosa curiosidad, invadieron nuestra casa. Primero nos ofrecieron trabajo, con lo que se adjudicaron el derecho para aplicarnos una larga perorata echándonos en cara, con inusitado rencor, nuestra supuesta separación de la realidad. Argumentaban, además, que las personas tienen o deben tener responsabilidad para con ellas mismas, y que, definitivamente y por principio de cuentas, lo sensato era que aceptáramos someternos a una terapia psicoanalítica, la cual nos ayudaría a salir de la crisis mental que, curiosamente, padecíamos los dos (¿los dos?). (Cuando ocurre esto, es decir, la intromisión y las órdenes de quienes creen poseer la verdad, vuelvo instintivamente la cabeza a ver a Tiba y descubro con regocijo su sonrisa burlona entre sus hermosos bigotes negros).

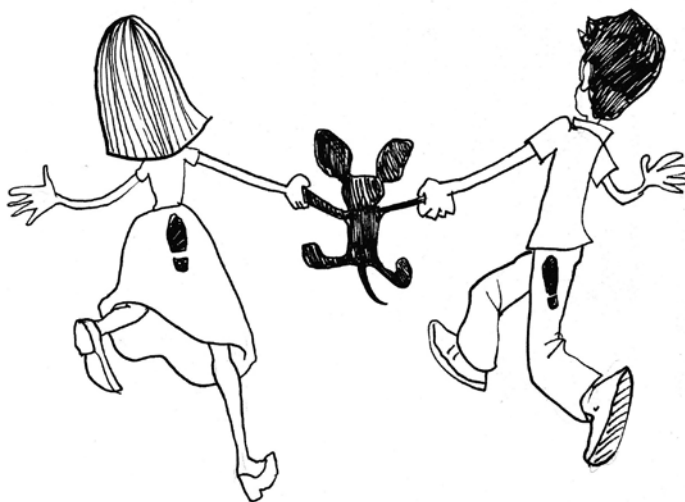
B. no tomó las cosas con el sentido del humor de la perrita, así es

que comenzó por responderles con aspereza. Trató, en vano, de hacerles comprender que vivíamos justo como queríamos y que si alguien necesitaba a un psiquiatra, eran ellos, quienes habían nacido neuróticos y entrometidos. La cosa se agravó cuando, en un desesperado intento por salvarnos, la familia sobresaltada e histérica nos hizo la última visita invasora. Entonces, él, encolerizado, los corrió de la casa a grandes voces.

Y nos volvimos a quedar solos. (Mejor dicho, me volví a quedar sola).

Ya que hacía cinco meses que no pagábamos la renta del departamento, nos avisaron que sólo podíamos contar con una semana más para desalojarlo.

Recurrimos entonces al único hermano de B. que nunca nos molestó. Francisco llegó una mañana de Monterrey, donde vivía, y nos ofreció un negocio que podía salvarnos. 



No te pierdas el final

de esta historia en nuestra siguiente edición.



Delfina Careaga nació en Ciudad de México en 1937, aunque desde hace años radica en Toluca. Su obra abarca historietas, cuento, novela, teatro y guion cinematográfico. Es ganadora de la Presea Estado de México "Sor Juana Inés de la Cruz" y de premios nacionales de dramaturgia y cine, como el Ariel de plata por el mejor argumento del año en la película *La tía Alejandra*, dirigida por Arturo Ripstein. Cinco de sus obras han sido puestas en escena y ha publicado 17 libros, así como escrito más de 100 guiones para historietas.